



EL ASCENSO NAZI AL PODER Y LA NATURALEZA DE SU RÉGIMEN

Daniel Fraenkel

Causas del acceso nazi al poder: algunas reflexiones preliminares. ¿Cómo pudo el *nazismo haber llegado al poder en *Alemania? ¿Cómo, en la década de 1930, una nación de ochenta millones de habitantes que constituía el corazón geográfico y cultural de Europa cedió tan fácilmente, sin ofrecer resistencia, a uno de los peores regímenes dictatoriales en la historia de la humanidad? ¿Fue el ascenso del régimen nazi un resultado inevitable y fatal de todo el curso de la historia alemana? ¿Pudo haber sido evitado? A medida que el 30 de enero de 1933, día en que *Hitler fue designado primer ministro de Alemania por el anciano presidente Paul von *Hindenburg, se aparta de la memoria viva para adquirir el carácter de una fecha más en la historia escrita, estas preguntas continúan rondando la imaginación y ejercitando la mente de todos los interesados en la historia de Alemania y del siglo XX. El gran volumen de literatura histórica y la profusa controversia que estos asuntos han generado son prueba, no sólo del interés que son capaces de despertar, sino también del hecho de que no pueden ser resueltos por una respuesta simple y definitiva. Una cosa parece cierta: el ascenso nazi al poder tuvo origen en más de una causa y se presta a más de una explicación razonable. Hay quienes, tratando de desentrañar lo que consideran una falla estructural básica en la psique nacional alemana y su concepción deformada de la política nacional, retroceden incluso hasta la reforma religiosa del siglo XVI. Otros prefieren centrar su atención en el ascenso y caída de movimientos fascistas en el siglo XX, y enfatizar las raíces europeas compartidas del nazismo. Sea como fuere, uno tendría aún que explicar por qué los precursores ideológicos del movimiento nazi, fragmentados grupos extremistas con cosmovisiones *völkisch* –populismo basado en la conexión del pueblo germano con la naturaleza y con su pasado mítico– y antisemitas, no tuvieron oportunidad de hacer un impacto serio en la vida política alemana antes de la Primera Guerra Mundial ni –menos aún– de tomar control del gobierno. En el intento de esclarecer las circunstancias específicas que fundamentaron y posibilitaron el ascenso de Hitler al poder, parecería

aconsejable no retroceder en el tiempo, y focalizar nuestra atención en la historia de la problemática democracia de la República de *Weimar, predecesora inmediata del régimen nazi.

Los catorce años de la República de Weimar (noviembre de 1919-enero de 1933) y su agitada escena política son el telón histórico inmediato contra el cual deberíamos visualizar tanto la salida del anonimato del NSDP (el *Partido Nazi) en su Baviera natal, como su ascenso a la categoría de victorioso competidor por el poder durante los años 1930-1932. Ningún otro partido, ni siquiera el comunista, prosperó tanto durante los trágicos infortunios y las recurrentes crisis internas y externas de la desdichada república. De hecho, los éxitos electorales del Partido Nazi antes de 1933 eran un reflejo de los múltiples obstáculos políticos sufridos por la República de Weimar. Lejos de padecer las crisis que afligían a la República, Hitler y sus secuaces fueron los primeros en cosechar sus beneficios. Durante la mayor parte de ese período, el Partido Nazi no era más que un grupo político marginal, poco conocido fuera de Baviera. Sólo al comenzar 1929, en coincidencia y conexión con la crisis económica mundial conocida como la Gran Depresión, lograron los nazis, superando años de inmovilidad y de virtual insignificancia política, abrirse paso hacia un lugar de importancia nacional y subir finalmente al poder en Alemania.

La República de Weimar y sus inconvenientes. Bautizada con el nombre de la ciudad alemana donde fue establecida, la República de Weimar surgió bajo el doble signo de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, y de una revolución socialista inconclusa. Impulsados por una revuelta popular antibélica que había comenzado con un motín naval en Kiel el 29 de octubre de 1918, los dirigentes del Partido Social Demócrata (SPD) exigieron que el belicista Wilhelm II abdicara el trono. El 9 de noviembre de 1918 el primer ministro del *Reich, Max von Baden, cediendo a las demandas, anunció la renuncia del emperador y designó primer ministro al presidente del Partido Social Demócrata, Friedrich Ebert. El mismo día, el colega partidario de Ebert, Philipp Scheidemann, proclamó rápidamente la República Alemana (sin el consentimiento de Ebert), con el fin de detener la revolución en curso, que amenazaba ser violenta. Dos días más tarde, los representantes alemanes firmaron los acuerdos de armisticio que sellaron finalmente la humillante derrota germana en la guerra mundial. Bajo los duros términos del tratado de paz de Versalles, que Alemania

se vio obligada a firmar el 28 de junio de 1919, el país tuvo que someter todas sus colonias de ultramar a la autoridad de la Liga de las Naciones. En el oeste, Alemania tuvo que entregar *Alsacia-Lorena a *Francia, y el Sarre fue puesto bajo la administración de la Liga de las Naciones, a la espera de un plebiscito que decidiera su futura posición legal. En 1923 el centro industrial de la región del Ruhr, de enorme importancia estratégica, fue ocupado por los franceses y los belgas. En el este, Posen (Poznan) y Prusia Occidental pasaron a poder de *Polonia, y *Memel al de *Lituania. La ciudad germano-parlante de *Danzig se convirtió en “Ciudad Libre” bajo el control de la Liga de las Naciones. Un “Corredor Polaco”, que unía Polonia al Mar Báltico en Danzig, separaba a Alemania de Prusia Oriental, y llegó a ser un símbolo visible y amargo del deteriorado gobierno alemán. Militarmente, Alemania estaba severamente debilitada, con el ejército limitado a un máximo de 100.000 hombres, la armada reducida a 15.000, la fuerza aérea disuelta y la Renania desmilitarizada. A la pérdida de territorio y el insulto al orgullo militar alemán, se sumó un castigo económico directo. Acusada por los poderes victoriosos de ser responsable por la guerra que había perdido, Alemania tuvo que soportar una pesada carga en reparaciones, que ascendían a unos 20 billones de marcos de oro, a pagar entre 1919 y abril de 1921. El pago de reparaciones era el factor que más influía en la enorme tasa de inflación a comienzos de 1920. En su punto culminante, el 15 de noviembre de 1923, un dólar valía 4,2 billones de marcos, habiendo escalado durante el curso del año en una relación de 1 a 1.800.

La primera república totalmente alemana nació así a la sombra de la derrota en la guerra y de la humillación nacional. El nuevo sistema constitucional, solemnemente adoptado por la Asamblea Nacional Alemana en su reunión del 31 de julio de 1919 en el Teatro Nacional de Weimar, quedó permanentemente asociado, en la mente del pueblo alemán, a la desgracia de una derrota militar inmerecida y a una revolución democrática antipatriótica.

La mayoría de la población nunca dio al nuevo sistema constitucional su apoyo sincero. Mientras el “escandaloso” tratado de paz de Versalles era rechazado prácticamente por todos los alemanes, más allá de su afiliación política, los tres partidos que se habían unido para formar la coalición que apoyó el nacimiento de la Constitución de Weimar –el Partido Social Demócrata (SPD), el Partido del Centro y el Partido Democrático Alemán (DDP)– se

convirtieron en partidos electoralmente minoritarios. En junio de 1920, la “coalición de Weimar” había perdido su mayoría, para no recuperarla más. En las primeras elecciones regulares al **Reichstag* (parlamento), realizadas en esa fecha, la antigua mayoría del 76% que la coalición aún mantenía en enero de 1919 se redujo al 46%. Sólo 11 millones de votantes (en vez de los anteriores 19 millones) apoyaron esa coalición, mientras que sus adversarios de derecha y de izquierda casi duplicaron sus votos de 7,7 a 14,4 millones, con 9,1 millones de votos para la derecha y 5,3 millones para la izquierda radical comunista.

La pérdida temprana del apoyo electoral fue la evidencia del fenómeno de “una república sin republicanos”. Las elites alemanas, como los miembros del servicio público y judicial, los industriales y la oficialidad, nunca fueron totalmente leales a la República de Weimar; permanecieron fieles al Káiser o, por lo menos, creían que debía gobernar un régimen autoritario, en vez de una democracia. Los partidos que los representaban, los conservadores y los liberales de derecha, mientras aceptaban formalmente las reglas de juego dictadas por la constitución, estaban a favor de la forma de gobierno anterior a 1918. La población común, especialmente la clase media baja, carente de convicciones democráticas firmes y llevada al pánico por su descenso en espiral hacia la pobreza, se convirtió en juego fácil de la propaganda agitadora, manejada por los partidos radicalmente antidemocráticos de la extrema izquierda y la extrema derecha.

Esta situación política potencialmente explosiva empeoró aún más por una falla estructural que parecía ser intrínseca a la forma de gobierno de Weimar. Esta falla residía en que no se había resuelto cuál era la fuente real de soberanía – si el Parlamento (*Reichstag*) o el Presidente. Por un lado, la Constitución de Weimar estipulaba un sistema de democracia parlamentaria en el cual se elegía a los representantes de los partidos por voto universal, y el poder ejecutivo y su jefe, primer ministro o *Reich Kanzler*, dependían de una mayoría en el *Reichstag*. Por otro lado, también contenía elementos de un sistema presidencial de gobierno con un presidente fuerte, directamente elegido. De este modo, el presidente era el comandante supremo de las fuerzas armadas y estaba facultado para designar y destituir al primer ministro y a su gabinete. Además, el artículo 48 de la Constitución estipulaba que, en casos de emergencia, el presidente estaba autorizado a tomar las medidas que estimara necesarios para restablecer la ley y el orden, a decidir por sí mismo cuándo se había llegado

a un estado de emergencia y qué pasos debían ser dados. Debido a que ningún partido político había tenido jamás una mayoría absoluta en la República de Weimar, y que la mayor parte de los gobiernos de coalición había tenido sólo un apoyo minoritario en el *Reichstag*, la posición del presidente, por oposición a la del *Reichstag* y a la del primer ministro, se hizo más fuerte aún, al punto de amenazar la base democrática del gobierno. Los partidos autoritarios y conservadores tendían a considerar el sistema presidencial como una suerte de monarquía o imperio substitutos. En 1925 obtuvieron un triunfo cuando el ultra-conservador mariscal Paul von Hindenburg fue elegido presidente. En 1928, las fuerzas democráticas tuvieron su propia victoria cuando lograron nombrar a un social demócrata, Hermann Müller, como primer ministro. Lo que provocó la caída de la República de Weimar, más que cualquier levantamiento terrorista, fue el insoluble callejón sin salida causado por la ruptura de la coalición de Müller en marzo de 1930.

El avance del Partido Nazi, 1919-1929. La agitada historia de la atacada República de Weimar, que nunca ganó ni el amor ni el acuerdo pleno de la mayoría de sus ciudadanos, fue el telón de fondo sobre el cual el movimiento nazi comenzó a dar forma a su tortuoso camino al poder. Una ironía básica de la situación, que no debería ser soslayada, fue que el sistema democrático, en sí mismo, garantizaba a sus declarados enemigos más tenaces la tolerancia legal y las herramientas legítimas con las cuales lo derribaron. El avance del Partido Nazi mostró de cerca las debilidades y los fracasos de la primera democracia alemana, por lo que su historia anterior a 1933 constituyó un fiel reflejo del estado de la república. Ello marcó sus éxitos políticos iniciales durante los primeros cuatro años críticos de la misma, que culminaron con la ocupación de la región del Ruhr y la inflación creciente en 1923. El partido mantuvo un perfil bajo durante el período siguiente, 1924-1929, que se caracterizó por la consolidación económica y política y la estabilidad; levantó nuevamente su cabeza con la irrupción de la crisis económica mundial a fines de 1929, y se apuntó sus más grandes logros electorales durante los últimos años de desintegración política y constitucional, 1930-1933, que condujeron a que Hitler fuera invitado a ocupar el cargo de primer ministro en enero de 1933.

El ascenso del nazismo estuvo íntimamente conectado con la vida de Adolf Hitler. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a la historia temprana del Partido Nazi, el cual,

a no ser por el perverso genio político de Hitler y su capacidad como agitador propagandista, habría terminado como cualquier otro fragmentario grupo extremista local, sin influencia alguna en la escena política nacional. Tanto Hitler como el Partido Nazi, fundado en 1919, eran, en sentido real, producto de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Fue esa derrota, de la que tuvo noticias en el hospital de campo donde estaba siendo tratado por envenenamiento con gas, lo que impulsó a Hitler a dedicarse ante todo a la política. Desde entonces, consagró su vida a preparar a Alemania para otra guerra europea que repararía esa derrota inmerecida, la cual, según él, había sido provocada por una “puñalada en la espalda” (**Dolchstoß*) atribuida a los judíos. Hitler también transfirió a la esfera política tanto el principio del mando militar jerárquico como la experiencia de la camaradería masculina en el frente de batalla, que había asimilado en la guerra. Desde los primeros días del movimiento nazi, el así llamado “principio conductor” (**Führerprinzip*) y el culto del líder se convirtieron en parte integral de la estructura organizacional y la práctica política del movimiento.

En sus albores, el escenario del movimiento nazi fue el *Munich posterior a la Primera Guerra Mundial, con su régimen conservador contrarrevolucionario que había ganado poder después de la represión del levantamiento comunista, y con los grupos paramilitares (los *Freikorps*) que se reunieron en la ciudad después del Tratado de Versalles. Uniéndose en septiembre de 1919 al fuerte Partido Obrero Alemán (DAF), fundado en enero por el ex cerrajero Anton Drexler y por Karl Harrer, Hitler se destacó como orador que atraía grandes audiencias y muchos miembros nuevos. El 29 de julio de 1921 obtuvo su primer éxito decisivo, cuando una reunión extraordinaria de miembros del partido, rebautizado como Partido Nacional Socialista de los Trabajadores en febrero de 1920, alejó a Drexler del servicio activo (se lo nombró presidente honorario) y designó a Hitler primer presidente con poderes dictatoriales. Otro paso importante fue el establecimiento en la primavera de 1920 de una fuerza de choque partidaria organizada de manera militar, con la ayuda activa de oficiales de las Ligas de Defensa derechistas y los *Freikorps*. Esta fuerza, conocida como la *SA (*Sturmabteilung* o Tropas de Asalto), fue el primer factor que otorgó al pequeño Partido Nazi una ventaja cualitativa sobre similares grupos agitadores *völkisch*, que se multiplicaban en el turbio clima político de los primeros años de la posguerra. La SA logró

para el Partido Nazi el control de las calles, aterrorizando a los opositores y poniendo en escena demostraciones provocativas y extravagantes desfiles militares que galvanizaban a las masas hechizadas. Bajo el mando del mayor (en retiro) Ernst Röhm, la SA se convirtió en un formidable instrumento de terror político, que creció de 3.000 miembros en 1923 a cerca de 500.000 en 1932 – cinco veces el tamaño del debilitado ejército alemán. El número de opositores políticos asesinados por la SA durante el llamado período de lucha (*Kampfzeit*) se contó por centenares. El nazi aventajó a todos los otros partidos en el uso de técnicas vanguardistas de propaganda, realizando manifestaciones masivas en las que columnas de hombres marchaban al unísono haciendo el saludo *heil*, al son de música marcial y con banderas desplegadas. La elección del simbolismo visual también era significativa: señales y emblemas del pasado mítico indo-germano eran deliberadamente manipulados para un nuevo uso político. La *esvástica*, antigua representación del disco solar, fue adoptada como símbolo oficial del Partido Nazi en la conferencia de Salzburgo del 7 de agosto de 1920; a partir de 1933 la *esvástica* adquirió un carácter cuasi-religioso. La camisa parda, cuyo color tierra simbolizaba “las conexiones del movimiento nazi con la vegetación y el suelo” se convirtió en el uniforme oficial de la SA en 1926.

Aunque su transformación en un movimiento de masas era aún lejano, el relativamente pequeño Partido Nazi de los tempranos años '20 y su arrogante líder ya se conectaban con sectores influyentes en Munich. Hitler hizo amistad con figuras locales importantes, entre ellos Gustav Ritter von Kahr, administrador jefe de la Alta Baviera, Otto von Lossow, comandante de la división bávara del ejército alemán (*Reichswehr*), y Erich Ludendorff, general retirado y héroe legendario de la Primera Guerra Mundial. Después del verano de 1921, cuando Hitler tomó firmemente la conducción del movimiento, comenzaron a llegar contribuciones financieras de grandes industriales como Fritz Thyssen y Emil Kirdorf. Estos patrocinadores no compartían necesariamente el fanático *racismo antisemita* de la cosmovisión de Hitler, y presentaron objeciones a algunos de los enfoques y métodos más salvajes del nazismo, pero, como escribió Ian Kershaw, ellos veían en Hitler un “heraldo nacional” que proclamaría y llevaría adelante la causa patriótica que valoraban. Junto con políticos corruptos del campo nacionalista-conservador, desempeñaron un papel

catastrófico al abrir a Hitler las puertas de la influencia y el poder, y al allanarle el camino hacia la jefatura del gobierno.

Con todo su notable progreso, el Partido Nazi de comienzos de los años '20 era aún poco más que otro fragmentario grupo derechista en la periferia de la política alemana. La crisis política y social generada por la ocupación de la región del Ruhr por las fuerzas francesas y belgas, y la elevada inflación de 1923, fueron los elementos que otorgaron a Hitler la primera oportunidad de ingresar en la corriente principal de la política alemana. Entre el 8 y 9 de noviembre de 1923, Hitler y su entonces camarada de armas General Erich Ludendorff, aprovechando la inquietud política general, intentaron derribar al gobierno del estado bávaro y al gobierno nacional en *Berlín. El golpe fracasó, y los conspiradores fueron arrestados y llevados a juicio por alta traición. Sin embargo, con ayuda de un juez simpatizante y un fiscal tibio, Hitler logró convertir el supuesto juicio en una exhibición maestra de propaganda, proclamando infamias contra la “república judía” y el “sistema” corrupto. El castigo ridículamente leve al que Hitler y sus camaradas conspiradores fueron sentenciados (cinco años de prisión) terminó prematuramente en diciembre de 1924 con un indulto. Durante su detención, la celda de Hitler en el castillo de Landsberg se convirtió en un lugar de peregrinaje para admiradores y simpatizantes llegados de todos los rincones del Reich.

Entretanto, la república parecía entrar en una fase de consolidación y estabilidad. La inflación galopante fue dominada con la introducción de una nueva moneda en noviembre de 1923. La carga de las reparaciones fue aliviada en parte con la adopción del esquema de Dawes de pagos anuales, en agosto de 1924, y Francia accedió a retirarse de la región del Ruhr. En su carácter de primer ministro y luego como ministro de Relaciones Exteriores, Gustav Stresemann, dirigente del Partido Popular Alemán, condujo una política exterior que culminó en una serie de acuerdos firmados en Locarno (*Suiza) por Alemania, *Gran Bretaña, Francia, *Italia, Polonia y *Checoslovaquia en octubre de 1925. Una reconciliación franco-alemana abría la perspectiva de una pronta evacuación de la ocupada Renania. Todo esto parecía un buen presagio para la república y sus instituciones democráticas. Sin embargo, había también algunas señales nefastas que apuntaban a un futuro más tenebroso. Entre 1924 y 1928 los social-demócratas, el partido más fuerte del

Reichstag y los defensores de la democracia, estuvieron en la oposición, y la rápida sucesión de gobiernos (21 entre junio de 1920 y marzo de 1930) alejaron cada vez más a los votantes de los partidos principales. La consecuencia más perjudicial fue, por lejos, la desilusión ante el régimen y el distanciamiento del mismo por parte de los sectores bajos de la clase media y de los pequeños terratenientes, quienes habían sido fuertemente golpeados por la inflación y por los efectos estructurales del proceso de modernización económica. La importancia especial de este proceso puede ser apreciada si tomamos en cuenta que el súbito giro masivo del voto hacia el Partido Nazi después de 1929, fue conseguido a través de la movilización de los no-votantes y de los votantes de la clase media que se habían alejado de los partidos democráticos. El giro a la derecha se evidenció en la elección de Hindenburg como presidente en 1925. Antidemocrático y extremadamente conservador, el envejecido mariscal contribuyó muchísimo, pocos años antes de su elección, a difundir la leyenda de “la puñalada por la espalda”, que ubicó en el frente interno del país la culpa por el colapso alemán en la Primera Guerra Mundial. Hindenburg jugaría un papel decisivo tanto en el desmantelamiento de la constitución democrática de la república como en la entrega del poder a Hitler en bandeja de plata.

Para el Partido Nazi, los años 1924-1928 fueron principalmente un período de organización interna e incubación política. Luego de su liberación, Hitler se dedicó a la tarea de organizar el partido y concentrar su autoridad dictatorial, confirmada al lograr el desplazamiento de sus dos contendientes por el liderazgo: Gregor Strasser, el dirigente del ala izquierda en el partido, y Ernst Röhm, el jefe de la SA. Ambos serían asesinados durante la “Noche de los Cuchillos Largos”, el 30 de junio de 1934. Una nueva estrella que se unió al Partido Nazi en este período fue Joseph *Göbbels, el *Gauleiter* (jefe de una unidad administrativa nazi) de Berlín y futuro ministro de Propaganda del Reich. Una de las lecciones que Hitler extrajo del fracaso de su frustrado golpe de 1923 y la consecuente proscripción impuesta al partido fue la adopción de una nueva estrategia de pseudo-legalidad, es decir, la táctica de aprovechar las oportunidades y la protección legal provistas por el sistema democrático para socavarlo desde adentro. Como Göbbels mismo lo resumiría claramente luego: “Quedará para siempre como una de las más grandes bromas de la historia de la democracia el hecho de que ella misma suministró las armas con las

cuales se la destruiría”. Esta nueva estrategia política daría buenos frutos pocos años después, al allanar el camino de Hitler al poder. Por el momento, sin embargo, el éxito era muy moderado. En las elecciones al *Reichstag* en mayo de 1928, el Partido Nazi recibió un escaso 2,6% de los sufragios. Si bien le fue comparativamente bien en las áreas rurales de Baviera, Franconia y el norte de Alemania, recibió muy pocos votos en las áreas industriales de Prusia al este del Elba (incluyendo la capital, Berlín). Los social-demócratas, que obtuvieron en las mismas elecciones casi 30% del voto, salieron de sus cuatro años de derrumbe en la oposición y establecieron un gobierno de coalición amplia, apoyándose en el Partido Democrático (DDP) y el Partido Popular Alemán (DVP) – los así llamados “partidos de ala o partidos laterales”, y el Partido Católico del Centro. El primer ministro fue el social-demócrata Hermann Müller.

Es de destacar que tanto la desestabilización final de la democracia como la liberación del fantasma nazi de la botella de la inoperancia política en la que había caído la República de Weimar, ocurrieron merced a un conjunto de fuerzas externas sobre las que los mismos líderes nazis no tenían control. La primera advertencia sobre la futura caída fue el estallido de la crisis económica mundial en 1929, a raíz del derrumbe de la Bolsa de Nueva York el Viernes Negro (29 de octubre de 1929). Alemania fue especialmente afectada, en virtud de la carga económica que arrastraba por la guerra perdida y su consecuente dependencia de préstamos a corto plazo, que fueron entonces retirados masivamente. El resultado inevitable fue una tasa de desempleo creciente que alcanzó a seis millones en 1932. El hecho de que los recuerdos de la inflación de 1922-1923 estuvieran aún frescos sólo contribuyó a intensificar el efecto psicológico y a hacer cundir el pánico entre la población alemana. El miedo era más fuerte en los sectores medios “desclasados”, que se sentían amenazados no sólo económica sino también socialmente. Fueron sobre todo los miembros de las clases medias los que se volvieron susceptibles a la propaganda de odio de los nazis, veloces en sacar provecho de las ansiedades subjetivas de quienes se sentían desplazados y en peligro. El fantasma de la traición en el frente doméstico y la desgracia de Versalles recobraron vida. Según los nazis, detrás de ellos estaban los judíos.

La crisis económica emergente encontró al Partido Nazi muy bien preparado para cosechar sus beneficios políticos. En agosto de 1929 se celebró con gran ostentación una

impresionante manifestación del partido en *Nuremberg, a la que asistieron delegados, simpatizantes y formaciones SA de todas partes de Alemania, en un número sin precedentes. La reunión de Nuremberg, cuidadosamente organizada, marcó la recuperación del Partido Nazi del retroceso en la derrota electoral de 1928, y su adaptación exitosa a la era de la organización de masas y las demostraciones multitudinarias. Personas adineradas de las áreas del comercio y la industria, que apoyaban a Hitler y habían sido invitados al evento como huéspedes de honor, fueron fuertemente impresionados por el mismo. Entre los primeros respaldos importantes del movimiento nazi se hallaron las universidades alemanas. El *Ring*, la organización estudiantil de orientación *völkisch* antisemita, ganó una mayoría de votos en numerosas universidades ya en 1924, y la organización estudiantil autónoma ASTA cayó bajo la influencia nazi en 1929, justo antes de las elecciones de septiembre de 1930. Por esa época, grupos estudiantiles nazis estaban avanzando en casi todas las universidades, ganando mayoría absoluta en las de Erlangen y Greifswald (ya en 1929) y en la de Breslau, en los institutos Tecnológico y Veterinario de Berlín, Giessen, Rostock y Jena, y aun en la Universidad de Königsberg, el hogar del filósofo Immanuel Kant. Menos infectadas por el nazismo, al menos por esa época, fueron las universidades de Bonn, Munich, Würzburg y *Hamburgo.

Durante el verano y el otoño de 1929, los nazis tomaron parte, junto al *Stahlhelm* (Casco de Acero, liga de soldados veteranos fundada en diciembre de 1918, de identificación nacionalista-*völkisch*, que luchaba contra las instituciones democráticas de la República de Weimar) y el Partido Popular Nacional Alemán (DNVP), en una campaña violenta de la oposición de derecha, contra la propuesta de acuerdo respecto de las reparaciones alemanas según el Plan Young. El mensaje central de la campaña, encabezada por el político del DNVP Alfred Hugenberg, consistía en el llamado a un plebiscito. Los nazis, cuya organización era el socio más joven en esa coalición, fueron los reales ganadores de la campaña, que terminó con un triste fracaso para la autodenominada “Oposición Nacional”. Ello brindó a su soberbia maquinaria de propaganda una oportunidad incomparable de presentarse como punta de lanza del movimiento anti-Weimar, y rescató al muy despreciado Partido Nazi del papel de paria político al que había sido previamente condenado. En las elecciones estatales realizadas en este período, los nazis registraron

fuertes avances en el norte y el este de Alemania, preanunciando la gran irrupción al *Reichstag* en septiembre de 1930. Las masas comenzaron a volcarse al partido, el cual, desde fines de 1929 hasta marzo de 1930, incrementó el número de sus miembros de 178.000 a 210.000. La campaña anti-Young sentó un importante precedente para el Frente Harzburg de octubre de 1931, en el cual el Partido Nazi, ya no en papel de socio menor, unió fuerzas con el Partido Popular Nacional Alemán, el *Stahlhelm* y otras asociaciones de derecha, para presentar un frente unido contra el gobierno en ejercicio de Heinrich Brüning y, de hecho, contra la misma República de Weimar. El aura de respetabilidad que Hitler adquirió al colaborar con la oposición del ala derecha resultó un valioso factor positivo que le despejaría el camino a su designación como primer ministro.

La disolución de la República de Weimar, 1930-1933. Al analizar el proceso que condujo a la República de Weimar a su colapso final, allanando el camino a la dictadura de Hitler, deberíamos distinguir entre causas de fondo, causas a largo plazo, y circunstancias y decisiones individuales que actuaron como disparador inmediato. La joven república pudo haber estado afectada desde su nacimiento por una “crisis estructural permanente” inherente al peso psicológico y económico de una guerra perdida, a la falta de una verdadera tradición democrática en el pueblo y a una Constitución deficiente por su tensión irresuelta entre el papel del presidente y el del parlamento (*Reichstag*). No obstante, a pesar de todos estos inconvenientes, la conflictiva democracia demostró ser notablemente fuerte y capaz de soportar golpes hasta 1930, cuando comenzó la crisis final. Reconocer el rol de los actores individuales no es menos importante que identificar las causas de fondo y a largo plazo, y las circunstancias inmediatas que aceleraron la catástrofe. Un factor decisivo que contribuyó al ascenso nazi al poder fue la conducta del presidente Hindenburg y la conspiración de un pequeño grupo de políticos conservadores no nazis, especialmente Franz von Papen y Kurt von Schleicher, quienes habían logrado captar la confianza del anciano presidente de 84 años. Su monumental miopía acerca de Hitler y sus reales intenciones, sumadas a sus reiterados errores políticos, cobraron, dadas las circunstancias, importancia histórica decisiva.

El factor de fondo más importante para la caída de la república fue la creciente crisis económica, la cual se propagó como una onda en todas las esferas de la vida alemana. En

los meses de invierno de 1931-1932 y 1932-1933, el desempleo alcanzó proporciones tan drásticas que afectaba a la mitad de las familias alemanas. Los efectos psicológicos en las clases medias bajas, que vivían en un temor constante a la proletarización (es decir, al descenso social), eran aún más graves que los que afectaban a las clases obreras, las que, después de todo, no tenían adónde descender. El disgusto y el rechazo que la clase media sentía por el sistema democrático se intensificaron ante una crisis gubernamental prolongada. Los partidos de clase media eran incapaces de elevarse por encima de la crisis partidaria para ofrecer un nuevo objetivo a un electorado potencial descontento y fragmentado. Tanto el Partido Nazi como el Comunista sacaron provecho del desencanto creciente de las masas alemanas ante la democracia. Sin embargo, la atracción que ejercían los nazis –que carecían de límites, se adaptaban rápidamente a las distintas situaciones y prometían todo a todos–, tenía un alcance mucho más amplio que la de los comunistas, que se hallaban en desventaja por su rígida ideología de clase y las inflexibles enseñanzas marxistas.

La superioridad de la maquinaria de propaganda nazi quedó claramente demostrada en el fenomenal avance del Partido Nazi en las elecciones del 14 de septiembre de 1930, que sobrepasó aun las expectativas de sus mismos líderes. El voto nazi en estos sufragios (18,3%) aumentó ocho veces en relación con los resultados registrados apenas dos años antes (2,6%), una proeza sorprendente en la historia de elecciones democráticas masivas. El número de sus escaños en el parlamento se incrementó nueve veces (de 12 a 107). El Partido Nazi se convirtió en la segunda minoría, detrás del SPD (Social Demócratas – 24,5%) y delante del KPD (Comunistas – 13,1%). Los partidos liberales, de clase media, fueron los grandes perdedores, con el DVP (Partido Popular Alemán) y el Partido del Estado (anteriormente DDP o Partido Democrático Alemán), reducidos a un 4,5% y 3,8% respectivamente). El DNVP (Partido Popular Nacional Alemán) sufrió también un gran retroceso (de 13% en 1928 a 8,5%). El Partido Católico del Centro (15%) fue el único partido de clase media que permaneció estable.

La impotencia del estado democrático frente al desafío ilegal del nazismo fue potencialmente más devastadora aún que el revés sufrido por las fuerzas democráticas en las elecciones parlamentarias. El nazismo no sólo siguió adelante libremente con su ataque

verbal al “sistema”, sino que incluso desarrolló una guerra civil no declarada, sin ninguna interferencia efectiva de la policía o de los tribunales. Bandas de matones de la SA acechaban en las calles, interferían en las asambleas de la izquierda y aterrorizaban a sus opositores políticos. Los trabajadores desocupados afluían a las filas de los “camisas – pardas” (los SA), atraídos por la promesa de salario y solidaridad. Las medidas adoptadas por las autoridades centrales fueron, en el mejor de los casos, débiles y tibias. En el otoño de 1931, el procurador general se rehusó a iniciar procesos criminales contra Werner Best, el futuro asesor legal de la Gestapo, y sus asociados por haber escrito los “Documentos Boxheim”, en los cuales presentaban un elaborado plan para un régimen terrorista que se establecería luego de que los nazis tomaran el gobierno. La prohibición temporaria de la SA (abril-junio de 1932) llegó demasiado tarde para frenar sus acciones, y su único efecto fue incitarla a una nueva ola de terror. Los miembros de la SA aumentaron de 260.000 a fines de 1931, a 600.000-700.000 en vísperas de la asunción nazi del gobierno en enero de 1933. La falta de firmeza y determinación por parte del estado democrático y sus instituciones para enfrentar el ataque concertado que estaba siendo montado contra ellos, encajaba muy bien con la táctica a dos puntas de Hitler, de pseudo-legalidad y fuerza terrorista. Una de las ironías fue que los nazis ganaron la mayor parte de su apoyo electoral en base a su promesa de restablecer la ley y el orden frente a una situación de anarquía, de cuya creación eran los principales responsables.

Este crecimiento sin precedentes del Partido Nazi a comienzos de los años '30 tuvo lugar sobre el trasfondo de una crisis constitucional de creciente complicación, que creó un vacío de poder en la cúpula misma del estado alemán. Durante los dos últimos años de su existencia, la República de Weimar fue gobernada por una serie de gabinetes presidenciales no parlamentarios, que no gozaban del apoyo de la mayoría del *Reichstag*. Esta naturaleza semi-dictatorial del gobierno debilitó a los partidos y consumió la vida del sistema democrático aún antes de la desaparición formal de la República de Weimar. El disparador inmediato de la crisis fue la disolución del gobierno de la Gran Coalición, al mando del canciller Hermann Müller. Esa coalición de 21 meses se derrumbó por la propuesta de elevar las contribuciones para el fondo de desempleo. En virtud de la irresuelta disputa entre los dos “partidos de ala” de la coalición, el Partido Social Demócrata, que

representaba principalmente los intereses de los trabajadores, y el Partido Popular Alemán, que representaba los intereses de los empleadores, el 27 de marzo de 1930 el canciller Müller elevó su renuncia. El suyo fue el último gobierno que tuvo una base parlamentaria. El 30 de marzo, el presidente Von Hindenburg, haciendo uso de los poderes que le confería el art. 53 de la Constitución, designó a Heinrich Brüning, del Partido del Centro, como sucesor de Müller. Brüning encabezó un gobierno minoritario de clase media que no gozó de la confianza de la mayoría en el *Reichstag*. Cuando el *Reichstag* aprobó, a mediados de julio, un voto de desconfianza al gobierno de Brüning, éste respondió haciendo que Hindenburg disolviera el *Reichstag* el 18 de julio y convocara a una nueva elección general para el 14 de septiembre de 1930, última fecha legalmente posible, de modo de dar a Brüning el lapso más largo posible para gobernar sin la interferencia del *Reichstag*. Las elecciones de septiembre depararon a Brüning una sorpresa desagradable. Cuando el *Reichstag* se reunió nuevamente, descubrió que su base parlamentaria se había encogido más aún. Una alianza con el Partido Nazi, el real ganador de las elecciones, era todavía impensable en esa etapa; una alianza abierta con el Partido Social Demócrata, el más grande, era rechazada por el autoritario presidente y sus socios, que no querían ver a los socialistas otra vez en el gobierno. El único curso de acción que se presentaba era gobernar sin una mayoría parlamentaria, con ayuda de los poderes extraordinarios conferidos al presidente por la Constitución. El hecho de que la administración de Brüning haya podido durar 18 meses hasta que éste fue finalmente destituido por Hindenburg, se debió al apoyo tácito del Partido Social Demócrata. A fin de impedir la posible promoción de Hitler a la jefatura de gobierno, la mayoría del *Reichstag* eligió el menor de dos males y se abstuvo de desafiar la autoridad de Brüning con un voto de desconfianza. Sin embargo, cuanto más tiempo continuó esta política de tolerancia hacia un gabinete no democrático, más alto fue el precio que se pagó. En primer lugar, al abstenerse deliberadamente de jugar el juego democrático de constituir una oposición al gobierno, los social-demócratas dejaron el campo libre a los nazis, quienes pudieron presentarse como los únicos campeones verdaderos de los derechos del pueblo, contra un gobierno que había hecho uso del poder sin su consentimiento. En segundo lugar, el hecho de que, durante la mayor parte de este período crucial, el *Reichstag* no había sesionado, reuniéndose sólo en raras ocasiones,

significaba que la confrontación política real se trasladaba a la calle, donde los nazis llevaban la ventaja. Tercero, la parálisis del *Reichstag* sirvió para desacreditar aún más el sistema parlamentario ante las masas, preparándolas para soluciones radicalmente antidemocráticas. Hitler había denunciado frecuentemente a la democracia parlamentaria como intromisión foránea, ajena al espíritu del pueblo alemán, pero fue sólo la privación de poder autoimpuesta por los delegados del *Reichstag* lo que dio a los líderes nazis la oportunidad de presentarse a sí mismos como los verdaderos voceros del pueblo.

En la primavera de 1932, los siete años de ejercicio del presidente llegaron a su fin. Brüning convenció al reacio Hindenburg a competir otra vez. Los nazis tenían buenas perspectivas de que su representante fuera elegido en la segunda vuelta, en la que era suficiente una mayoría relativa de los votos. Para evitarlo, la conducción social-demócrata pidió a sus adeptos que votaran por el autoritario Hindenburg, es decir, optaron nuevamente por el menor de los dos males. Esta jugada tuvo su recompensa cuando Hindenburg fue electo en la segunda vuelta con una mayoría del 53%, contra el 36,8% de Hitler y el 10,2% del candidato de los comunistas, Ernst Thälmann. No obstante, el hecho de que sólo pudo ser reelecto gracias al apoyo de los “*Sozies*” (Social-Demócratas) y los católicos (Partido del Centro), amargó al autócrata Hindenburg. En los meses siguientes se enojó con Brüning, y, persuadido por sus consejeros, lo destituyó el 30 de mayo de 1932. El nuevo primer ministro designado por Hindenburg el 1º de junio fue Franz von Papen, un antiguo miembro del Partido del Centro y representante en el mismo de la extrema derecha.

Con la designación de Von Papen, se dio otro paso esencial hacia la convocatoria de Hitler, en enero de 1933. A diferencia de su predecesor, Von Papen no era miembro del parlamento ni líder de un partido político. En realidad, era una persona aislada, sin responsabilidades ante nadie excepto el presidente. Debía su nuevo cargo a un encuentro casual con el general Kurt von Schleicher, otro de los favoritos de Hindenburg. El *Reichstag*, del cual no se podía esperar que tolerara al gabinete ultra-conservador de Von Papen, fue disuelto prematuramente por Hindenburg, quien fijó la fecha de la nueva elección para el 31 de julio de 1932. Esto resultó ser un error de cálculo aún mayor que el de la elección para el *Reichstag* en septiembre de 1930. Comparada con la de 1930, los nazis más que duplicaron sus logros, convirtiéndose, con el 37,3% de los votos, en el

partido más fuerte, por encima de los Social Demócratas, que cayeron a la segunda posición con el 21,6%. El número de bancas nazis en el *Reichstag* subió de 107 a 230. Los mayores perdedores fueron nuevamente los partidos de derecha no nazis, los llamados partidos de clase media, que habían perdido unos 5,3 millones de votos a favor de los nazis y quienes, con excepción del centro católico, desaparecieron de la escena política.

Poco antes de la elección al *Reichstag*, Von Papen asestó un golpe mortal a la última morada de la democracia parlamentaria en Alemania: Prusia. Para disgusto de Hindenburg, Otto Braun, jefe de gobierno de Prusia, y sus dos ministros Carl Severing y Otto Abegg continuaron defendiendo el orden constitucional democrático en esta amplia región del Reich. El 20 de julio de 1932, Von Papen, con ayuda de las facultades presidenciales de emergencia, disolvió el gobierno de Prusia, que había sido elegido democráticamente. Ello sentó un claro precedente para el acceso nazi al poder, menos de un año más tarde. La decisión de Von Papen (el 4 de junio de 1932) de levantar la prohibición que pesaba sobre la SA, otra de sus desacertadas medidas, amenazó con sumir al país en una guerra civil.

De todos modos, cuando se reunió finalmente el 30 de agosto, el nuevo *Reichstag* aprobó un aplastante voto de desconfianza contra Von Papen. Para salvarlo, Hindenburg disolvió nuevamente el parlamento y convocó a una nueva elección para el 6 de noviembre. En esa elección, que tuvo lugar menos de cinco meses después de la aplastante victoria nazi de julio, sucedió un hecho muy notable: el voto nazi cayó del 37,3 al 33,1%, y el número de bancas nazis de 230 a 196. Aunque el Partido Nazi siguió siendo el más fuerte, su tendencia ascendente se había revertido claramente. Aun así, resulta una ironía el que Hitler haya llegado al poder sólo después de este revés electoral, y en un momento en que la crisis económica había pasado su punto álgido. En este proceso de dar a luz al monstruo, el rol de la partera correspondió a ese incansable conspirador que fue Von Papen. Ni él ni Hindenburg habían querido, inicialmente, ver a Hitler en el gobierno; sólo habían querido usarlo para sus planes autoritarios de reforma de la Constitución republicana. En efecto, todavía el 24 de noviembre de 1932 Hindenburg había afirmado, con gran perspicacia, que temía que “un gabinete presidencial conducido por Hitler se convertiría necesariamente en una dictadura partidaria, con todas las consecuencias concurrentes para una agravamiento

extremo de los conflictos en el seno del pueblo alemán”. Sin embargo, sólo dos meses más tarde fue convencido de convocar a Hitler para encabezar un nuevo gobierno.

El nexa que faltaba en la cadena de acontecimientos fue el breve gobierno de Von Schleicher, que duró desde el 2 de diciembre de 1932 hasta el 28 de enero de 1933. Von Schleicher, el astuto “general político”, había persuadido a Hindenburg para que destituyera a su anterior aliado debido a que Von Papen no tenía posibilidad de obtener un apoyo popular amplio. El plan de Von Schleicher para ampliar la base de su gobierno era pasar por encima de Hitler en su propio partido y negociar con Gregor Strasser; ese plan se basaba en una concepción completamente errónea acerca de la realidad del poder en el Partido Nazi, y muy pronto resultó ser una ilusión. Entretanto, el expulsado Von Papen, que trabajaba sin descanso tras las bambalinas para volver al poder, llevaba adelante negociaciones simultáneas con Hitler, con el partido conservador dirigido por Hugenberg, y con algunos dirigentes económicos alemanes (muchos de los cuales en verdad apoyaban a Von Schleicher). Finalmente, luego de congraciarse con Oskar, el hijo de Hindenburg, Von Papen consiguió revertir la situación y superar la resistencia de Hindenburg para la designación de un gobierno conducido por Hitler. De algún modo, se endulzó la píldora haciendo que el llamado “gabinete de concentración nacional” estuviera integrado por sólo dos ministros nazis aparte de Hitler, con Von Papen como vice-primer ministro y dejando la elección del ministro de Defensa en manos de Hindenburg. La suerte quedó echada cuando Von Schleicher, que había fracasado en su intento de reunir una mayoría, fue obligado a renunciar el sábado 28 de enero. El lunes 30 de enero Hindenburg nombró primer ministro a Hitler.

Dos cosas se destacan en esa confusión de maniobras y contra-maniobras: el acceso de Hitler al poder no fue resultado ni de una toma violenta del gobierno ni de una elección democrática libre. En el momento de su designación, el Partido Nazi era todavía por cierto el partido más grande, con el 33,1% del voto, pero aún lejos de ser mayoría. Más aún, estaba ya en declinación, habiendo perdido alrededor del 4,2% de los sufragios en relación a la elección previa de julio. La llegada nazi al poder no habría sido posible sin la disolución de la República de Weimar y el fracaso de su sistema democrático parlamentario. Asimismo, la manera en que ocurrió habría sido inconcebible sin los defectos estructurales

en su Constitución, con el “resquicio autoritario” que permitía al presidente designar gobiernos que no tenían apoyo parlamentario. No obstante, nuestra comprensión del proceso de ascenso nazi al poder no se beneficia por el hecho de verlo como inevitable o ineludible. No hubo nada inevitable en el desarrollo que condujo a la convocatoria de Hitler a la jefatura de gobierno. La cadena de acontecimientos pudo probablemente haber sido revertida en cualquier momento antes del 30 de enero de 1933, pero, una vez en el poder, Hitler ya no podría ser desalojado. Los individuos inescrupulosos, ninguno de ellos reales adeptos de Hitler y su movimiento, que con su miopía y sus monumentales errores de cálculo contribuyeron a allanar su camino, tuvieron libertad de elección hasta el final. De ellos es la responsabilidad histórica.

La consolidación del poder nazi, 1933-1934. El día en que Hitler fue designado primer ministro por Hindenburg pasó a ser conocido en la tradición nazi como “la toma del poder” o “la captura del poder”, y la expresión fue adoptada por historiadores del período. El término, sin embargo, puede ser doblemente engañoso. En primer lugar, los nazis ni tomaron ni conquistaron el poder. Les fue entregado en bandeja de plata por Hindenburg, Von Papen y la camarilla conservadora-nacionalista que los rodeaba. En segundo lugar, el 30 de enero no fue el punto final de la transferencia de poder, sino su comienzo. Les llevó a los nazis no un día sino 18 meses, desde el 30 de enero de 1933 hasta el 3 de agosto de 1934, consolidar su control del estado y de la sociedad. Lo más importante de la empresa fue que, una vez en el poder, los nazis –como los fascistas en todas partes– se negaron a respetar las reglas del viejo juego político y no se detuvieron ante nada para lograr el control total.

Aclaremos las relaciones de poder en el punto de partida: enero de 1933. La así llamada ‘toma del poder’ fue en verdad una asociación política entre el movimiento nazi y la derecha conservadora antidemocrática, representada por Hindenburg, Von Papen y Hugenberg (jefe del Partido Popular Nacional Alemán). En este “gabinete de concentración nacional” los nazis estaban en posición minoritaria, con sólo tres ministros frente a ocho de los conservadores. Estos, con Von Papen como vice-primer ministro, controlaban puestos tan importantes como los ministerios de Defensa, a cargo de Werner von Blomberg, de Economía y Agricultura, a cargo de Hugenberg (quien desde el 4 de febrero tuvo también

control provisorio del Departamento Prusiano de Agricultura, Economía y Trabajo), y de Relaciones Exteriores, a cargo de Konstantin von *Neurath. Los únicos dos miembros nazis del gabinete junto a Hitler eran Wilhelm *Frick, ministro de Interior, y el ministro sin cartera Hermann *Göring, quien, como comisario del Reich para el Ministerio del Interior de Prusia, estaba sólo nominalmente bajo el mando de Von Papen. En términos constitucionales y parlamentarios, el primer gobierno de Hitler era un gabinete de emergencia como sus precursores, dependiente de los poderes extraordinarios del presidente. Los dos socios de la coalición, el Partido Nazi (con el 33,1% del voto) y el DNVP (8,9%) reunían apenas el 42%. Al menos en los papeles, los elementos no nazis de la coalición parecían perfectamente capaces de domesticar a Hitler. “Lo hemos cercado”, se dice que Von Papen afirmó triunfante. Este principio de “cercar” o “contener” a Hitler se reveló muy pronto como una ilusión peligrosa.

Al analizar el camino que los nazis tomaron para consolidar su monopolio del poder, podemos distinguir tres elementos definidos de su estrategia: (1) el desmantelamiento deliberado de las restantes bases del sistema democrático constitucional; (2) la exclusión de rivales reales o potenciales: en primer lugar, los opositores político-ideológicos directos del nazismo, y, en segundo lugar, también sus socios de la coalición; (3) la homologación (“coordinación”) administrativa de las esferas política, económica, social y cultural, a través de la infiltración de principios nazis y sus adeptos. Hitler buscaba dar a este proceso de tres puntas, revolucionario y profundamente inconstitucional, el camuflaje de una falsa legalidad, denominándolo “la revolución legal” o “revolución nacional”. Sin embargo, fue la cooperación de sus aliados conservadores lo que hizo posible disfrazar la naturaleza esencialmente ilegal y terrorista de los procedimientos.

El primer golpe contra el estado constitucional multi-partidario fue asestado con inteligencia el 1^o de febrero, cuando, siguiendo el acuerdo alcanzado al formar gobierno, Hindenburg disolvió el *Reichstag* y llamó a elecciones para el 5 de marzo. El resultado fue que, en las siguientes siete semanas críticas, durante las cuales se destruyó el estado constitucional, el cuerpo legislativo supremo, en el que los nazis eran aún una minoría, fue excluido del juego político. Cuando finalmente se volvió a reunir, el 21 de marzo, era ya demasiado tarde: el orden constitucional había sufrido estragos fatales. El 4 de febrero, un

“Decreto de emergencia del Presidente del Reich para la protección del pueblo alemán” permitió paralizar la campaña electoral de los partidos de izquierda, al suprimir actividades de prensa y reuniones públicas. Se dio un paso mucho más drástico con el “Decreto de emergencia del Presidente del Reich para la protección del pueblo y el estado”, emitido el día siguiente al incendio del *Reichstag*, por el cual se culpó a los comunistas. Para conjurar el presunto peligro comunista, el decreto dejaba de lado los derechos básicos garantizados por la Constitución de Weimar, especialmente las libertades personales: santidad del hogar, privacidad de la comunicación, libertad de opinión y reunión, y garantía a la propiedad privada. La opinión pública observó en silencio cómo el Partido Comunista era destrozado y miles de sus miembros arrestados y encarcelados en los primeros *campos de concentración, sin el beneficio de un proceso judicial. El estado legal de emergencia—el cual, de hecho, nunca fue revocado— podía ser utilizado a voluntad contra cualquier institución o persona estimadas como perjudiciales para el régimen.

A pesar de la masiva propaganda nazi y de las severas restricciones impuestas a las campañas de los partidos de izquierda, las elecciones al *Reichstag* del 5 de marzo no dieron aún a los nazis la deseada mayoría absoluta. El Partido Nazi ganó 288 bancas sobre 647, con el 43,9% de los votos, de modo que aún necesitaba las 52 bancas de los conservadores (DNVP) para tener mayoría. El 23 de marzo, sólo dos días después de la inauguración festiva del nuevo *Reichstag*, éste aprobó con 441 votos contra los 94 del SPD la “Ley para aliviar la penuria del pueblo y el Reich”, conocida como Ley Habilitadora, la cual selló el destino del estado parlamentario constitucional, al permitir al gobierno legislar sin el consentimiento del *Reichstag*. Esta ley fue prorrogada por Hitler en 1937, 1941 y 1943.

El “Decreto de incendio del *Reichstag*” proporcionaba también a los nuevos gobernantes una base pseudo-legal para “coordinar” los estados autónomos (*Länder*), es decir, quitarles su derecho de autogobierno y alinearlos con el estado centralista nazi. La excusa legal fue el derecho del gobierno nacional del Reich a “asumir temporariamente” los poderes de los gobiernos regionales (*Land*) en el caso de que éstos no logran implementar las medidas de emergencia para restablecer la ley y el orden. La base legal para la “coordinación” de Prusia, el estado más grande de la república, había sido ya establecida en el decreto presidencial del 6 de febrero, “Para el restablecimiento de un gobierno ordenado en Prusia”.

Esto siguió a la anulación de las dietas legislativas provinciales, asambleas de distrito y otros cuerpos electorales prusianos, ocurrida el día anterior. El baluarte siguiente de la autonomía federal, Baviera, cayó durante la segunda semana de marzo después de una campaña concertada de intimidación política seguida de la designación de un *Kommissar* (comisario) nazi, de acuerdo con los términos del “Decreto de Incendio del *Reichstag*”. La coordinación de los restantes *Länder* continuó rápidamente. La ley del 31 de marzo acerca de la “Coordinación (*Gleichschaltung*) de los estados (*Länder*) con el Reich” proporcionó un camuflaje legal para un estado de cosas ya existente. El 4 de abril una nueva ley de coordinación estableció el procedimiento de designación de gobernadores, que serían nombrados por el presidente del Reich siguiendo recomendaciones de Hitler. Con sólo una excepción, todos estos gobernadores, que tenían derecho a nombrar a los gabinetes de sus estados y a sus funcionarios, eran también líderes partidarios de un *Gau* (después de 1933 el *Gau* era el más importante “territorio soberano” por debajo del Reich, regido por un *Gauleiter* que era un funcionario del Partido Nazi).

La base legal para coordinar la administración pública y las asociaciones profesionales fue proporcionada el 7 de abril mediante la “Ley para la restitución del Servicio Civil Profesional”. Esta ley, con su eufemístico título, fue el instrumento para purgar el servicio civil de todos aquellos funcionarios políticamente no confiables o racialmente indeseables. Este procedimiento se extendió también a la esfera de la cultura y a las asociaciones profesionales y voluntarias.

El sistema multi-partidario fue el objetivo siguiente de los intentos de “coordinación” del régimen. Las primeras víctimas fueron, naturalmente, los comunistas, oficialmente proscritos sólo después de las elecciones al *Reichstag*, el 5 de marzo. El SPD pudo prolongar un poco su existencia por medio de su expresiva aunque autoengañoso táctica de adherir a la estricta legalidad, pero también fue proscrito el 22 de junio, como un “partido hostil a la nación y al estado”. Los restantes partidos nacionales y liberales se disolvieron voluntariamente en los días siguientes: el 27 de junio, el Partido Popular Nacional Alemán (DNVP); el 28 de junio, el Partido del Estado (anteriormente llamado Partido Democrático Alemán – DDP); el 3 de julio, el Partido del Centro; y el 4 de julio, el Partido del Pueblo

Bávaro. Con la emisión de la “Ley contra la formación de nuevos partidos” (14 de julio de 1933) Alemania se convirtió en un estado unipartidario.

El último paso lógico fue eliminar de las filas del movimiento nazi todos los elementos que desafiaran la autoridad de Hitler. La SA había dejado de ser útil al régimen y se había vuelto demasiado poderosa para el gusto del **Führer*. Su desenfrenado alboroto y la arrogante ambición de su conductor, Ernst Röhm, eran sentidas como una amenaza para la estabilidad del nuevo gobierno y la autoridad del ejército establecido, el *Reichswehr*, considerado vital para los planes de guerra de Hitler. Como instrumento de terror político, las leales y disciplinadas *SS, al mando de Heinrich *Himmler, eran consideradas muy superiores. En consecuencia, entre el 30 de junio y el 2 de julio de 1934, Röhm y otros líderes de la SA fueron ejecutados sumariamente según órdenes de Hitler. La SA se convirtió entonces en una organización de masas sin conductor, excluida del juego de poder político. Su lugar fue ocupado por las SS, el órgano ejecutivo por excelencia de la ideología nazi y su encarnación simbólica. Finalmente, luego de la muerte de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, los cargos de presidente y de primer ministro se reunieron por ley en la persona de Hitler, quien se había convertido en el dictador todopoderoso del Reich y supremo comandante de las fuerzas armadas. La ley, que dejaba de lado toda forma de división de poderes, fue aprobada en un plebiscito realizado el 19 de agosto.

La naturaleza del régimen nazi. El complejo e irregular proceso por el cual los nazis consolidaron su poder en Alemania entre el 30 de enero de 1933 y el 2 de agosto de 1934, quedó reflejado en el carácter ambivalente del régimen. Por un lado, la ley que combinaba los cargos de presidente y de primer ministro y los reunía en la persona de Hitler como el “*Führer* (conductor) del Reich Alemán y del *Volk* (pueblo)”, confirmaba el carácter absolutista del estado hitleriano. En tal estado, el *Führer* era la encarnación de la voluntad política del pueblo alemán, la única fuente de autoridad y soberanía, y sus decisiones personales asumían fuerza de ley. Por el otro lado, el proceso asistemático de toma del poder, que de ningún modo se había completado hasta agosto de 1934, no lograba resolver la discutida cuestión acerca de la adecuada división de poder entre el partido y la burocracia estatal. Una confusión de autoridades y centros de poder conflictivos continuó existiendo y creciendo a la sombra de esta dictadura todopoderosa. En este sistema las relaciones

personales, especialmente el acceso directo a Hitler, podían ser mucho más importantes que consideraciones objetivas. La propia aversión de Hitler por el estado como tal y su deseo de ver desaparecer el viejo orden alimentaban y fortalecían estas tendencias anárquicas. Las percepciones que anteceden concuerdan con los hallazgos de los expertos en historia de posguerra, que han modificado considerablemente la imagen popular del *Tercer Reich como un “Super estado bien lubricado”, capaz de lograr que todo funcionara en el lugar y momento apropiados. Lejos de garantizar un proceso ordenado y fluido de toma de decisiones e implementación de programas, el mecanismo de gobierno bajo el estado hitleriano –así se sentía– parecía un modelo de “darwinismo institucional”, una confusión de autoridades e imperios privados rivales que luchaban por el favor del dictador. Este estado de cosas era activamente alentado por Hitler, quien se guiaba por la táctica de “dividir y reinar”.

Uno de los resultados más característicos de ese sistema de gobierno –que, hacia el final, se convirtió en un casi sinónimo del estado nazi como tal– fue el imperio de las SS de Heinrich Himmler. Las SS tuvieron su origen en la Guardia Personal del Cuartel General, que Hitler había creado entre 1922 y 1923. Fue reformada en 1925 como *Schutzstaffeln*, o Brigadas de Protección, para proteger a los líderes del partido y a las concentraciones partidarias. Las SS recién cobraron importancia real con la designación de Heinrich Himmler como nuevo jefe nacional de las SS el 6 de enero de 1929. Al mando de Himmler las SS crecieron de unos pocos centenares a alrededor de 52.000 miembros hacia fines de 1932, y 209.000 hacia fines de 1933. Consagrado a la ideología *völkisch* de sangre, raza y tierra, el ex ingeniero agrícola se propuso transformar el cuerpo de guardia en una elite que quedaría separado del ejército de masas de las SA. Las SS tenían su propia insignia y su propio código de honor, que consistía en una absoluta e inquebrantable lealtad a Hitler. Los lineamientos para la selección de reclutas incluían criterios raciales: una estricta ascendencia aria, y salud y apariencia física arias. Habiendo dado pruebas de su valor y fuerza en la aniquilación de los dirigentes de las SA en la “Noche de los Cuchillos Largos”, las SS fueron recompensadas mediante la garantía de un estatus independiente dentro del Partido Nazi.

Libre del control de las SA, Himmler estaba ahora en condiciones de edificar su propia base de poder, que descansaba en tres pilares. Primero estaba el monopolio de las funciones de policía en el Reich que él y su protegido, Reinhard *Heydrich, habían conseguido. Esto se formalizó al principio con la designación de Himmler como “*Führer* Nacional de las SS y Jefe de la Policía Alemana” el 17 de junio de 1936, y, finalmente se institucionalizó con la fundación de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (**Reichssicherheitshauptamt*, RSHA), el 27 de septiembre de 1939. Durante la guerra, la RSHA se convirtió en el principal instrumento del terror nazi, implementando la política nazi de genocidio racial. El segundo pilar del poder de las SS fue el monopolio de su Servicio de Seguridad (*SD) sobre toda la recolección de datos de inteligencia en el Partido Nazi. El tercero fue el sistema de campos de concentración, que fue tomado de la SA a partir de junio de 1934 y ampliamente expandido durante la guerra. La penetración de las SS en todas las esferas de la vida pública y su creciente incorporación de funciones normales del estado, motivó que la Alemania nazi fuera vista como el “estado SS”.

Desde otra perspectiva, la dualidad del régimen nazi puede ser mejor comprendida a la luz del análisis que realizó Ernst Fränkel, emigrado judeo-alemán, del fenómeno del “estado dual”. Es decir, la coexistencia simultánea, dentro de un sistema totalitario, del “estado prerrogativo” (*Massnahmenstadt*), caracterizado por “arbitrariedad y violencia ilimitadas, no restringidas por garantía legal alguna”, y el “estado normativo”, caracterizado por su respeto al poder judicial y al imperio de la ley. El “estado prerrogativo”, encarnado sobre todo en la institución de la Gestapo, podía intervenir en cualquier momento y anular los poderes del “estado normativo”. Con la radicalización creciente del sistema nazi a fines de los años '30, hubo en este incómodo balance un giro decisivo hacia el componente arbitrario y violento. Otro emigrado judeo-alemán, Franz Neumann, en un escrito de 1942, caracterizó a la estructura del estado nazi con el nombre de *Behemot*, por el mitológico monstruo bíblico. De acuerdo a Neumann, la sociedad alemana estaba compuesta por cuatro grupos centralizados, operando cada uno de acuerdo al principio conductor y en concordancia con sus propios poderes legislativo, administrativo y judicial: el movimiento nazi, la burocracia superior, las fuerzas armadas y la economía monopolista. Lo único que reunía a estos cuatro centros de poder conflictivos en una suerte de transacción era la

necesidad de defender sus intereses comunes contra las masas oprimidas. En este temprano análisis, las decisiones de Hitler fueron consideradas como simples confirmaciones de “compromisos” previamente elaborados entre estos sistemas de poder opuestos entre sí. Esta tendencia a separar a Hitler del proceso de toma de decisión en el Tercer Reich, ha sido llevada aún más lejos en estudios posteriores, que describieron al sistema nazi como una “anarquía autoritaria” o un “caos organizacional”, e incluso calificaron a Hitler mismo como “dictador débil”. Frente a estas extravagancias del enfoque “estructuralista”, es importante reafirmar que, si bien el estado nazi no fue el estado monolítico en torno al *Führer* exageradamente presentado por la propaganda nazi y así grabado en el imaginario popular, fue no obstante, tanto en los niveles más altos como en los más bajos, un sistema manejado ideológicamente con el fin de implementar objetivos determinados por el programa nazi y por su supremo, carismático propulsor: Adolf Hitler.